



CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL
A LOS COHERMANOS DE LA SOCIEDAD DE SAN PABLO

UNA “CONGREGACIÓN SINODAL” ***al servicio del Evangelio en la cultura de la comunicación***

Queridos hermanos:

Os saludo deseando que la gracia y la luz de Jesús Maestro os acompañen siempre a todos.

Esta carta llega en un momento en el que la emergencia debida al Covid-19 está aún en curso. Parece evidente que la pandemia, que desafortunadamente está provocando tantas víctimas en todo el mundo, ocasiona también fuertes repercusiones en la sociedad, en la economía, en los estilos de vida, en las instituciones y en la Iglesia, sin dejar obviamente inmune a nuestra Congregación.

Pandemias semejantes, como sabemos, se han dado periódicamente en la historia de la humanidad; pero la condición globalizada del mundo contemporáneo hace nuevo y único este acontecimiento. El papa Francisco, reflexionando sobre esta realidad a la luz del episodio de la tempestad aplacada por Jesús (Mc 4,35-41), ha dicho: *«Nos hemos dado cuenta de encontrarnos en la misma barca, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo importantes y necesarios, llamados todos a remar juntos, necesitados todos de confortarnos recíprocamente. En esta barca... estamos todos»*. Luego constató: *«Como aquellos discípulos, que exclamaban a una sola voz y en su angustia decían: “Estamos perdidos” (v. 38), también nosotros nos hemos concienciado de que no podemos ir adelante cada uno por su cuenta, sino sólo juntos»*.¹

La apelación del papa Francisco a caminar juntos nos introduce en la reflexión de esta carta, que versa exactamente sobre la sinodalidad, un “estilo de Iglesia” sobre el que está insistiendo el Papa desde el comienzo de su pontificado, poniéndolo como compromiso programático cuando declaró: *«El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión. Precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio»*.²

En la óptica del carisma paulino *«debemos hacer el bien a quien vive hoy»*³ decía ya nuestro Fundador. Y hoy tenemos un mundo golpeado no solo por la pandemia, sino a la vez por tantas otras situaciones de sufrimiento e incertidumbre causadas también por el denominado “cambio de época”. Un tiempo caracterizado por mutaciones no solo linea-

¹ Papa Francisco, *Momento extraordinario de oración en tiempo de epidemia*, 27 marzo 2020.

² Papa Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 octubre 2015.

³ Santiago Alberione, *A las Hijas de San Pablo. Explicación de las Constituciones*, 275.

les sino precisamente epocales, en el que se transforman velozmente el modo de vivir, de interactuar, de comunicar y elaborar el pensamiento, de relacionarse entre generaciones y de comprender y vivir la fe y la ciencia.⁴ Un tiempo marcado también por otras numerosas situaciones desagradables: empobrecimiento económico y espiritual, exclusión social, fanatismo religioso por una parte y relativismo por otra, desocupación, crisis de la familia, deterioro del ambiente, violencia en diversas formas, tantas personas en situación de abandono, migraciones a causa de escenarios de guerra y de pobreza, etc.

Obviamente, la propuesta de ahondar en el tema de la sinodalidad no se justifica solo con los tiempos difíciles que estamos viviendo, sino por el valor del “caminar juntos” también, ciertamente, en las situaciones positivas que hay en el mundo, en la Iglesia y en nuestra Congregación. Las turbulencias que atravesamos en esta fase de la historia nos impelen a valorar, más aún, a vivir y trabajar en sinergia.

El objetivo de esta carta es ofrecer algunos puntos de reflexión sobre la sinodalidad, partiendo de la consideración de que se trata de un aspecto esencial de la vida de la Iglesia y que nosotros, como Congregación, estamos también llamados a entrar en este “modo de ser Iglesia” para responder a los interrogantes que el mundo contemporáneo suscita para nuestra vida y misión específica.

En esta perspectiva comenzamos nuestra reflexión tratando de la importancia de la sinodalidad en la vida de la Iglesia y, seguidamente, de la comunicación como recurso imprescindible para la eficacia del camino sinodal. Presentaremos, después, a Jesús como primer referente de la sinodalidad y a san Pablo como ejemplo de discípulo que supo vivir y trabajar en sinergia con los demás. Y, al final, trataremos de situar la Congregación en este horizonte, dando cuenta de las esperanzas y dificultades, y de presentar la Palabra y la Eucaristía como alimento del camino. Las siguientes consideraciones son algunas de las que cabe hacer sobre el tema de la sinodalidad, sin pretender ser exhaustivas en este complejo argumento, siempre abierto a ulteriores consideraciones y discusiones.

I. La sinodalidad, un desafío para nuestro tiempo

En el origen de la palabra “sínodo” encontramos los términos griegos *syn* (“conjuntamente”) y *odòs* (“camino”), que nos conducen al significado de “caminar juntos”. Un concepto fácil de expresar en palabras, pero no tanto de llevarlo a la práctica. Este “caminar”, obviamente, no se refiere al modo como actúa una asamblea parlamentaria o un sindicato, donde cada uno quiere hacer prevalecer los intereses del propio grupo o incluso los suyos individuales, sino como pueblo de Dios llamado a dejarse iluminar por el Espíritu Santo. En efecto, «*ser verdaderamente “sinodal” consiste en avanzar en armonía bajo el impulso del Espíritu*».⁵

Recordemos que desde los primeros siglos de la historia de la Iglesia se designan con la palabra “sínodo”, en su significado específico, las asambleas eclesiales convocadas en diversos

⁴ Cfr. Papa Francisco, *Discurso a la Curia Romana para la felicitación de Navidad*, 21 diciembre 2019.

⁵ Joseph Ratzinger, *Las funciones sinodales de la Iglesia: la importancia de la comunión entre los Obispos*, en *L'Osservatore romano*, 24 enero 1996, 4.

ámbitos (diocesano, provincial o regional, patriarcal, universal) para discernir las cuestiones doctrinales, litúrgicas, canónicas y pastorales que iban presentándose sucesivamente.⁶ De esta larga historia se destacan numerosos aspectos que pueden ser objeto de estudio y de reflexión.

El temario de la sinodalidad lo reemprendió fuertemente después del concilio Vaticano II el papa Pablo VI, que instituyó el Sínodo de los Obispos para la Iglesia universal.⁷ Después Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han continuado esta tradición, convocando varios Sínodos.

En estos últimos años, el papa Francisco está insistiendo sobre la necesidad de dar pasos adelante, optimizando cada vez más el camino sinodal y procurando aclarar la comprensión del término “sínodo”, que no cabe reducir a la idea de reuniones de cardenales y obispos. El sínodo, como tal, es un concepto mucho más amplio que la “colegialidad”: ésta concierne al episcopado, el Colegio del que el Papa es la cabeza como sucesor de Pedro.⁸ En cambio el término “sinodalidad” releva que todos los bautizados deben sentirse involucrados y ser autores y protagonistas, cada uno según la propia función. En otros términos, la sinodalidad abarca a toda la Iglesia en su riqueza de ministerios.

Sin duda la sinodalidad es un argumento todavía por profundizar en ámbito eclesial, debido a lo cual el papa Francisco ha convocado para 2022 un Sínodo de los Obispos sobre este tema particular. En esta carta queremos subrayar más bien el aspecto de la sinodalidad como “método”, buscando a la vez un sentido para esta praxis, que debe instarnos también a nosotros, Paulinos, a asumir un estilo de vida que valore a cada persona, motive a cada uno a sentirse realmente parte de un “cuerpo”, estimule a la corresponsabilidad, haga de veras a cada cual, en algún modo, partícipe de la vida y de la misión paulina, escuchando a los otros y tratando de percibir qué dice el Espíritu. En fin, un proceso en el que la comunicación, creadora de coparticipación y colaboración, sea un dato fundamental.

Sabemos que la experiencia sinodal no es del todo nueva en nuestra Congregación. Baste recordar nuestros Capítulos generales y provinciales o las Asambleas regionales, como momentos privilegiados de encuentro, promotores de comunión, reflexión común y corresponsabilidad en las decisiones. También las estructuras de gobierno, en los varios niveles, según nuestra normativa, con los respectivos Consejos son expresiones concretas que promueven el camino común. Del mismo modo los Organismos internacionales, en el campo del apostolado y de la formación, son espacios para crecer en unidad como Congregación.

El gran reto –sin duda, costoso– es pasar de una “sinodalidad ocasional” a un “estilo sinodal” de Congregación; es decir, transformar la sinodalidad en método de oración, de pensamiento, de programación y de realización común, para llevar con eficacia nuestro mensaje a nuestros interlocutores.

⁶ Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, n. 4.

⁷ Pablo VI instituyó el Sínodo de los Obispos con el *Motu Proprio Apostólica sollicitudo*, publicado el 15 de septiembre de 1965.

⁸ Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad*, op. cit. n. 7.

2. Con la Iglesia, pueblo de Dios en camino

Cuando hablamos de camino sinodal nos referimos ante todo a caminar juntos como Pueblo de Dios. Somos Iglesia y, como Congregación, queremos caminar con la Iglesia tras las huellas de nuestro Fundador, para quien «*la Familia Paulina refleja la Iglesia en sus miembros, en sus actividades, en su apostolado, en su misión*».⁹ Tomando el tema de la sinodalidad como objeto de reflexión, queremos estar en sintonía con el magisterio eclesial que, en estos últimos años, reafirma la necesidad de unir las fuerzas para encarar los grandes retos pastorales en este “cambio de época”.

Caminar juntos, sí, ¿pero en vista de qué? Entre los principales motivos ocupa un espacio especial la misión. En efecto, la sinodalidad se orienta esencialmente a la misión,¹⁰ y la misión de la Iglesia está en evangelizar. «*Evangelizar, de hecho, es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*».¹¹ Sin embargo, evangelizar no es una acción solitaria, aunque el testimonio personal juega ciertamente un rol importante. «*Evangelizar nunca es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial*».¹² Particularmente en nuestro caso necesitamos unir las fuerzas para llevar a cabo nuestra misión de evangelizar con los lenguajes actuales en el complejo universo de la comunicación.

Un estilo de Iglesia sinodal mira a promover la participación y corresponsabilidad en vista de la evangelización, motivando la experiencia de coparticipación, que empieza ante todo en cada una de las comunidades.¹³ La comunidad está llamada a vivir el Evangelio empezando desde dentro, en la apertura a Dios y a los demás, en el diálogo, en la comunión, superando cualquier tentación de autoreferencialidad para descubrir nuevas sendas de evangelización.

A este respecto, nuestras Constituciones son meridianas afirmando que nuestro apostolado es “eminente comunitario” y que, por tanto hay que cultivar la colaboración fraterna y la amistad para corresponder a la común vocación.¹⁴ Todo eso nos obliga a pensar hasta qué punto el estilo sinodal, es decir la praxis de caminar juntos, está verdaderamente presente en nuestras comunidades en vista de la evangelización. Ciertamente este interrogante nos lleva, ante todo, a un aspecto del camino sinodal que consideramos importante profundizar: las relaciones humanas, una realidad estrictamente vinculada al ámbito de la comunicación.

3. Sinodalidad y comunicación

El tema de la sinodalidad nos hace necesariamente entrar en el ámbito de las relaciones humanas, sin las que es imposible adherir a un auténtico “estilo de vida sinodal”: si

⁹ Santiago Alberione, *A las Pías Discípulas del Divino Maestro*, VIII - 1963, 163.

¹⁰ Cfr. XV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, Documento final, n. 125.

¹¹ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 14.

¹² *Ibidem*, n. 60.

¹³ Cfr. XV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Los jóvenes*, op. cit., n. 128.

¹⁴ Cfr. *Constituciones y Directorio de la Sociedad de San Pablo*, art. 15.

no se desarrolla un sincero y maduro trato humano es difícil “caminar juntos”. Ello significa que en fondo al “estilo sinodal” está la comunicación en su sentido humano más hondo.

Si falta la comunicación, que se manifiesta concretamente en la apertura a Dios y al otro –sea este “otro” uno o más interlocutores–, es imposible un camino sinodal eficaz, en el cual la comunicación ocupa un rol imprescindible, que ciertamente se expresa en el lenguaje, en el comportamiento, en las actitudes, en las opciones, allí donde entran la escucha, la palabra, el silencio, el diálogo y el discernimiento. Vamos a apuntar brevemente a todos estos aspectos.

a) Escucha

La comunicación no es un elemento marginal en el camino sinodal y depende en gran medida del empeño personal de cada uno, a veces fatigoso, pues comunicar no siempre es fácil. En efecto, no siempre resulta sencillo compartir lo que de veras pensamos y sentimos, debido a veces al miedo de que exponiéndonos puedan crearse divergencias o conflictos.

Al respecto, quede claro que el conflicto, donde esté presente, no cabe ignorarlo o disimularlo, sino aceptarlo. Si lo ignoramos, podemos quedar atrapados y perder la justa perspectiva, limitar los horizontes; entonces la realidad misma se fragmenta. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad.¹⁵

El camino sinodal es un proceso en el que se manifiesta el esfuerzo común de ir más allá de los conflictos; el enemigo de la comunicación no es tanto la divergencia o los posibles conflictos, sino más bien la indiferencia, una actitud ligada a insensibilidad y frialdad que engendra cerrazón a las relaciones humanas y obstaculiza la coparticipación.

Al contrario, un camino sinodal requiere apertura y atención que llevan a la “escucha”. «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar “es más que oír”. Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender».¹⁶ En esta perspectiva, es necesario liberar la mente y el corazón de prejuicios y estereotipos, principalmente respecto a las personas ya conocidas: cuando creemos saber ya quién es el otro y qué quiere, entonces se hace realmente difícil escucharle en serio.¹⁷

En un camino sinodal fecundo predomina la actitud de la escucha al otro, considerando que este “otro” no es solo aquel con quien más simpatizo o que piensa exactamente como yo. Ese “otro” se refiere a todos aquellos con quienes estoy en contacto o reunido y que, aun diversos de mí, creen en los mismos valores y han sentido la llamada de Dios al mismo ideal de vida.

¹⁵ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 226.

¹⁶ Papa Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 octubre 2015.

¹⁷ Cfr. Papa Francisco, *Discurso al comienzo del Sínodo dedicado a los jóvenes*, 3 octubre 2018.

b) Diálogo

Una vez liberados de los prejuicios, es el momento de plantear un diálogo –que significa justamente estar convencidos de que el otro tiene algo que decir–, y dar espacio a su punto de vista, a sus propuestas. De la escucha nace el diálogo¹⁸, o sea precisamente el proceso que pone en movimiento un camino de aproximación y que trata de unir lo que estaba dividido o, en otros casos, de reforzar las conexiones positivas ya presentes en las relaciones.

Diálogo no es dar batalla en una guerra de ideas, sino más bien escucha y esfuerzo de comprensión. Una crítica honrada y transparente es constructiva y ayuda, mientras, al contrario, no lo hacen los parloteos inútiles, las hablaturías, las deducciones superficiales o bien los preconceptos que todo lo bloquean. Dialogar no significa renunciar a las propias ideas, sino a la pretensión de que sean únicas y absolutas.¹⁹ Si no estamos dispuestos a abandonar algo, será difícil crear el acercamiento. El diálogo «*no nivela sino que apela a cuanto de más propio y original hay en los interlocutores, estimulando la capacidad de vivir la diferencia no como motivo de conflicto sino como don recíproco, es decir llevando más allá de la lógica della contraposición, hacia la lógica de la convergencia*».²⁰

Podemos decir que hoy el dialogo puede desarrollarse presencialmente o en el ámbito digital, espacio importante de comunicación que ayuda también a las personas a acercarse entre ellas. Sin embargo, como se dice frecuentemente y con razón, la multiplicación de las posibilidades técnicas no coincide necesariamente con el aumento de nuestra capacidad de comunicar, en el sentido de compartir y crear comunión. No basta la conexión o que cada uno exponga la propia opinión para que haya diálogo, aunque la posibilidad de expresarse con libertad es un primer paso indispensable. Es preciso sentir la presencia del interlocutor y dar tiempo para el intercambio que, en este proceso, perdería mucho de su eficacia si se redujera a la mera conexión digital.

c) Palabra y silencio

En el proceso de diálogo deben integrarse necesariamente dos actitudes: la palabra y el silencio. Non basta, obviamente, decir palabras, es necesario también hablar con valentía y *parresía*, integrando *libertad, verdad y caridad*.²¹ Para escuchar es indispensable el silencio, un silencio fecundo y acogedor que nos pone en armonía con el mundo interno y externo.

El silencio es la actitud que nos ayuda a conocernos mejor, nos permite comprender con mayor claridad lo que deseamos decir o lo que esperamos del otro consintiéndonos elegir cómo expresarnos. Callando se concede también a la otra persona hablar y expre-

¹⁸ Diálogo: del griego *dià-lèguein*, ligar lo que está separado, unir mediante la palabra dos sujetos distintos (cfr. AA.VV., *Identidad multicultural y multireligiosa. La construcción de una ciudadanía pluralista*, Franco Angeli, Milán 2004, p. 46).

¹⁹ Cfr. Papa Francisco, *Mensaje para la 48ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. “Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro”*, 1 junio 2014.

²⁰ Giácomo Panteghini, *¿Qué comunicación en la Iglesia? Una Iglesia entre ideales de comunión y problemas de comunicación*, EDB, Bolonia 1993, p. 140.

²¹ Papa Francisco, *Discurso al comienzo del Sínodo dedicado a los jóvenes*, op. cit.

sarse ella misma. Se abre así un espacio de escucha recíproca y se hace posible una relación humana más plena.²²

Palabra y silencio son dos aspectos que dan valor y significado a la comunicación: deben equilibrarse y sucederse para generar un auténtico diálogo y una profunda cercanía con el interlocutor. Solo a partir de un proceso dialogante –integración de palabra y silencio– es posible el discernimiento común, un trabajo necesario para hacer opciones justas y tomar decisiones adecuadas.

d) Discernimiento

Escucha, silencio, franqueza en hablar y apertura en escuchar son actitudes fundamentales para que el camino sinodal sea de veras un proceso de discernimiento²³. Y cuando hablamos de discernimiento, queremos subrayar, como dijimos antes, que un camino sinodal no es un parlamento, sino un recorrido hecho por hermanos que buscan juntos escuchar cuanto dice el Espíritu.

En efecto, «no se trata de enredarse en un debate en el que cada interlocutor intenta sobreponerse a los otros o rebatir sus posiciones con argumentos contundentes, sino de expresar con respeto cuanto se advierte en conciencia sugerido por el Espíritu Santo como útil en vista del discernimiento comunitario, abiertos al mismo tiempo a captar cuanto en las propuestas de los demás haya sugerido el mismo Espíritu “para el bien común” (cfr. 1 Cor 12,7)».²⁴

El camino sinodal es un itinerario en el que la comunicación tiene un peso considerable, pero en la perspectiva de la fe que se funda en la certeza de que Dios habla en la historia, en los acontecimientos de la vida, en las personas con quienes nos encontramos y hablamos. El Padre se revela en Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, en quien nos es concedido el Espíritu y encontraremos ante todo la inspiración para el camino sinodal. De él, modelo de comunicación generativa –que salva, libera y crea comunión–, aprendemos a ser auténticos hombres de relaciones para hacer de la sinodalidad un modo de ser Iglesia en vista de la misión.

4. Jesús: Maestro en el camino sinodal

Jesús, en perspectiva trinitaria, es nuestro primer referente en el camino sinodal. De hecho, la sinodalidad es un camino de fe que se mantiene ante todo en la comunión de amor entre las tres Personas divinas –Padre, Hijo y Espíritu Santo– y su comunicación con nosotros.²⁵ Dios es relación. Del mismo modo, la persona humana, imagen y semejanza de Dios, es relación. Dios, en la fe cristiana, es un Dios que camina con el hombre y, en este recorrido, habla, escucha y dialoga invitando al hombre a una relación personal, libre y responsable con él.

²² Benedicto XVI, *Mensaje para la 46ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. “Silencio y Palabra: camino de evangelización”*, 20 mayo 2012.

²³ Papa Francisco, *Discurso al comienzo del Sínodo dedicado a los jóvenes*, op. cit.

²⁴ Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad*, op. cit. n. 111.

²⁵ Cfr. Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales*, 4 junio 2000, n. 3.

Es oportuno tener presente que toda la Biblia es un acto de comunicación de Dios realizada en la historia del pueblo en camino a partir de Abrahán, padre en la fe, para alcanzar su ápice en Jesús, el Verbo hecho carne (cfr. Heb 1,1-2). Aunque la palabra escrita es importante, la fe cristiana no es la religión del libro sino de la Palabra de Dios, no de una palabra escrita y muda, sino ante todo del Verbo encarnado y viviente.²⁶ La misión de la Iglesia es evangelizar, consciente de que Jesús, propiamente él, es «el Evangelio eterno».²⁷ En Jesús se realiza el misterio pascual: un Dios que se hace carne, muere en la cruz por amor, resucita y vive por siempre.

Jesús no solo indica un “camino” a seguir, no solo nos motiva a recorrer un camino sinodal, sino que él mismo se presenta a sus discípulos como “camino”, un término que aparece en el evangelio de Juan y que está en la base de nuestra espiritualidad paulina. En efecto, cuando Tomás plantea la pregunta «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?», Jesús responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no por mí» (Jn 14,6).

Jesús se revela como “el camino” que lleva al Padre. Es el camino de Dios hacia el hombre y del hombre hacia Dios. Es el peregrino evangelizador que anuncia la Buena Noticia del reino de Dios (cfr. Lc 9,11), una peregrinación hecha no en solitario sino unido al Padre y al Espíritu Santo, juntamente con tantísimos hombres y mujeres, sus contemporáneos.

El camino del seguimiento de Jesús no es para recorrerlo en solitario –aunque inicialmente implica una respuesta personal de adhesión–, sino conjuntamente. Ya la Iglesia primitiva estaba concienciada de pertenecer al “camino del Señor” y de que sus miembros eran “discípulos del camino”. Jesús es el camino (*odòs*) que las primeras comunidades cristianas recorren conjuntamente (*syn*) (cfr. He 9,1-2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22), tratando de vivir y testimoniar el Evangelio.

Jesús mismo como “camino” deviene un estilo de vida que sus discípulos deben asimilar. En esta óptica, el P. Alberione diría que ser discípulo es *establecerse* en Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida;²⁸ es *conformarse* a él; es *vivir* de Jesucristo como nos lo presenta el Evangelio,²⁹ lo cual equivale a “*ser santo*”.³⁰ Una santidad que se refleja en la de Jesús y, entre otras cosas, se hace visible en su comunicación vivaz con Dios-Padre, con sus discípulos y con las personas que encuentra, una comunicación generadora de vida para cuantos se abren a su mensaje.

A continuación intentaremos presentar algunos aspectos que encontramos en Jesús y que nos ayudan a caminar juntos; lo haremos a partir de la figura eminente del apóstol Pablo, nuestro primer referente como Paulinos en el seguimiento de Jesús. San Pablo nos indica algunas actitudes concretas, inspiradas en el Evangelio, que favorecen una comunicación fecunda y necesaria para construir el camino sinodal.

²⁶ Cfr. Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 7.

²⁷ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 11.

²⁸ Cfr. Santiago Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei* I, 87.

²⁹ Cfr. Santiago Alberione, *Carissimi in san Paolo*, Ed. Paoline, Roma 1971, p. 264.

³⁰ Cfr. *Carta anual del Superior general. “Santidad: un estilo de vida”*, 2016.

5. Pablo: apóstol sinodal

Partimos del hecho que san Pablo, después de su encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco, de perseguidor pasa a ser también él seguidor del “camino” (cfr. Gál 1,11-12; 1,23), hasta el punto de afirmar: «Vivo, pero no soy el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). El viraje causado por la revelación del Resucitado cambió radicalmente su corazón y su mente de fariseo observante y, en particular, su modo de relacionarse con las personas, especialmente con los cristianos.

Tras el encuentro con Jesús y haber recibido el bautismo, Pablo se acerca a los “seguidores del camino”, porque ya no los ve como “disidentes” o enemigos, sino como hermanos; ya no como una amenaza, sino como compañeros en la misma misión. En efecto, san Pablo no es un apóstol solitario. Como ha afirmado el papa Francisco, «el apóstol Pablo, el mayor misionero de la historia de la Iglesia, nos ayuda a “hacer Sínodo”, a “caminar juntos”». ³¹

A veces nosotros, Paulinos, consideramos al Apóstol sobre todo en su dimensión misionera, en su actividad apostólica, como predicador y escritor, como apóstol que procura utilizar todos los instrumentos de la comunicación de su época para el anuncio del Evangelio. Todos estos son sin duda elementos relevantes para nuestra misión; pero no siempre damos la misma importancia al hecho de que, en esta tarea, él crea relaciones, construye comunión, camina con y en la Iglesia.

Como caso concreto de experiencia sinodal podemos mencionar el Concilio de Jerusalén (cfr. He 15,1-35), el primer concilio de la Iglesia, uno de cuyos principales protagonistas es Pablo. En este “sínodo”, con Pedro como cabeza –y bajo la guía del Espíritu Santo (cfr. At 15,28)–, los participantes, tras haber discutido y discernido, toman importantes decisiones respecto a la misión de la Iglesia naciente.

Pablo participa activamente en este Concilio; de él, empero, aprendemos que la sinodalidad no es solo un recurso para resolver cuestiones ocasionales, como sucede en esta circunstancia. Observando en general a Pablo en su trabajo de evangelización, se descubre que la sinodalidad para él es un verdadero y auténtico método de vivir y de obrar como cristiano.

No obstante las dificultades, él trata de trabajar conjuntamente, en equipo, en “red”, con diversos colaboradores, hombres y mujeres, mostrando con su praxis pastoral que la comunidad cristiana se construye e instaura como comunidad de relaciones. Hay numerosos pasajes en la vida de Pablo que nos hacen verle precisamente en esta perspectiva. Pero es importante darse cuenta de que en el fondo de esta capacidad de trabajar en sinergia hay actitudes nacidas del corazón del Evangelio, imprescindibles para crear puentes y para caminar juntos.

a) La humildad: el puente para las relaciones

Partiendo del principio de que la sinodalidad es un camino de relaciones (con Dios y con los otros), del apóstol Pablo aprendemos que no es posible recorrerlo sin la apertura al otro y que no hay apertura sin humildad. En Pablo comprendemos que la humildad es la virtud necesaria

³¹ Papa Francisco, *Homilía en la Misa de apertura del Sínodo de los Obispos para la Amazonia*, 6 octubre 2019.

para descentrarse de sí mismos, y que consiente acercarse sinceramente a los demás.³² Se trata de una de las condiciones basilares de todo trato humano para permitir la escucha y el diálogo.

Sobre esto nos ilumina la Carta a los Filipenses: en la exhortación precedente al himno cristológico (Flp 2,6-11), el Apóstol presenta a los miembros de la comunidad cristiana un fuerte impulso a la unidad e indica la humildad como actitud para llegar a ese objetivo: «No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros mismos» (Flp 2,3).

Como esclarece luego el mismo himno, esta humildad debe estar modelada sobre la de Cristo, que encarnándose se despoja de su “condición divina” y “se vacía de sí mismo”; sobre la humildad, pues, de quien siendo de condición divina opta por compartir la vida y el destino humano hasta la muerte de cruz,³³ asumiendo así el último puesto en el mundo, y justo por esta humildad radical nos redime.³⁴

Cabe decir efectivamente que Jesús en la Encarnación muestra una forma de sinodalidad fortísima, matriz de cualquier otra sinodalidad eclesial, consistente en venir, descender, acercarse, compartir en todo la condición humana «excepto el pecado» (He 4,15). En términos más explícitos: el vaciamiento de Jesús le lleva a acercarse a los hombres y mujeres en sus situaciones concretas, hechas de gozos y de esperanzas, de dolores y angustias. Un acercamiento tangible en el servicio: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud» (Mc 10,45).

Concienciado de esta humildad, “Saulo” deviene “Pablo”, nombre que significa precisamente “pequeño”.³⁵ El arrogante Saulo pasa a ser «Pablo, siervo de Jesucristo» (Rom 1,1). De Pablo –¡que en la debilidad se siente fuerte! (cfr. 2Cor 12,10)– aprendemos que si no nos “vaciamos” del orgullo, de la prepotencia, de la manía de saberlo todo, de los prejuicios, etc., es difícil acercarse a las personas y hacer un camino juntos.

La humildad, inspirada en la de Jesús, es una actitud necesaria para abrirse al otro. Nuestro Fundador había entendido bien la importancia de la humildad: «Hay que tener esta idea base: ¿Cuál es vuestra virtud individual y de los grupos y de toda la comunidad? Es la humildad. Sí, la primera virtud es la humildad, la segunda la humildad, la tercera la humildad; y si esto me lo preguntarais cien y mil veces, otras tantas os responderé: la humildad».³⁶

La humildad es la virtud que nos permite bajar a nuestro “humus”,³⁷ que nos lleva a nuestra propia realidad humana personal, que nos hace tocar y aceptar nuestros límites. Concienciados una vez por todas de nuestra realidad, con todos sus límites, es posible acoger al hermano con sus defectos y límites. En efecto, si no reconocemos y aceptamos

³² Cfr. Rinaldo Fabris, *Carta a los Filipenses. Estructura, comentario y actualización*, EDB, Bolonia 1983, p. 62.

³³ Cfr. Rinaldo Fabris, *Carta a los Filipenses*, op. cit., p. 65.

³⁴ Cfr. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 35.

³⁵ Rinaldo Fabris, *Pablo, el apóstol de las gentes*, Paulinas, Milán 1997, p. 32.

³⁶ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 817.

³⁷ «Humildad tiene la misma raíz de “humus” (tierra, terreno). La humildad es tener conciencia de la propia pobreza ontológica y existencial, y se sitúa en contraste con la soberbia y sus frutos de arrogancia y presunción. Según todos los maestros espirituales la humildad es el fundamento, el terreno, el humus, de todas las virtudes» (cfr. <http://www.casalanteri.it/Files/FSSSpUmilt.pdf>).

nuestros límites, si no tratamos de hacer este ejercicio de pobreza,³⁸ indicado por Jesús y Pablo con su fehaciente testimonio, será muy difícil reconocer y aceptar los límites de aquellos con quienes nos relacionamos y acercarnos a ellos de modo sincero.

b) Del amor, a ser “artesanos de comunión”

Del apóstol Pablo aprendemos que no se da camino sinodal sin amor, ese amor manifestado en Jesús, que se hace humilde, nos hace salir de nosotros mismos para dar la vida. De hecho, la humildad está basada en el amor, es un estilo de manifestación del amor³⁹ que viene de Dios, que es gratuito y encuentra su actuación en las relaciones con el prójimo (cfr. Rom 13,8-10).⁴⁰ San Pablo había aprendido del Maestro que el amor es parte de la identidad del cristiano y, por tanto, podía decir: «*A nadie le debáis nada, más que el amor mutuo; porque quien ama ha cumplido el resto de la ley*» (Rom 13,8).

Es interesante que Pablo, al referirse a los carismas y a la comunidad como cuerpo, indica siempre el amor como su fundamento. Por ejemplo, en la Carta a los Romanos, tras haber descrito la comunidad como cuerpo formado por muchos miembros con dones diversos, alude al amor “no fingido” (Rom 12,9-10), “sin máscaras”,⁴¹ que conduce a relaciones sinceras y auténticas. Igualmente, en la primera Carta a los Corintios –después de haber hablado de los dones del Espíritu (cfr. 1Cor 12,1-11) y de la comunidad como cuerpo de Cristo con sus diversos miembros (cfr. 1Cor 12,12-30)– presenta el amor como el don al que todos deben aspirar (cfr. 1Cor 14,1).⁴²

El amor, cuyo punto de referencia es siempre el amor generoso e incondicionado de Jesús, constituye de veras la fuerza que lleva a la reconciliación, a la fraternidad, a la comunión, que une las personas no obstante las diferencias. De este amor vivido nace «*una comunidad paciente, que sirve, que no se enorgullece, que no se irrita, que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta; en ella se habla bien de todos, se da confianza a todos, se estima a todos*».⁴³

Una vez asumido el amor como ley suprema, el apóstol Pablo se convierte en un verdadero “artesano de comunión”, es decir, empieza a llevar a cabo el difícil pero gratificante trabajo de unir a las personas alrededor del Evangelio, formando comunidades, una obra que exigía paciencia, creatividad, perseverancia. Pablo sabía bien qué es un arte-

³⁸ El término “humildad” del griego *tapeinophrosyne* evoca el “sentirse pobre” (cfr. Rinaldo Fabris, *Carta a los Filipenses*, op. cit., p. 62).

³⁹ Idem.

⁴⁰ Antonio Pitta, *Carta a los Romanos. Nueva versión, introducción y comentario*, Paulinas, Milán 2001, p. 432.

⁴¹ Cfr. nota a Rom 12,9 en *La Biblia. Camino, Verdad y Vida*, Ed. San Pablo, Cinisello Balsamo (Mi) 2012.

⁴² Cfr. Antonio Pitta, *Carta a los Romanos*, op. cit., p. 431.

⁴³ Carlos María Martini, *La utopía a la prueba de una comunidad*, Centro Ambrosiano, Milán 2014, p. 83.

sano, pues él ejercitaba un trabajo de tipo artesanal⁴⁴ con el cuero para construir tiendas y otros objetos.⁴⁵

Pablo era consciente de las exigencias de este modo de hacer. No obstante las dificultades y algún conflicto, trataba siempre de superarlos y motivar a las comunidades a mirar adelante, unidas en torno al mismo objetivo de vivir y testimoniar el Evangelio. Su modo de ser, mediante la escucha, el diálogo, el discernimiento –actitudes que ciertamente le exigían humildad y amor– era una auténtica inspiración para los cristianos en su camino sinodal.

6. Una Congregación en camino

Hemos aludido a la grandeza de la sinodalidad, enfatizando la comunicación como aspecto indispensable de este modo de ser Iglesia. Hemos presentado a Jesús como el “camino”, que deviene fundamento para un estilo de vida sinodal, y al apóstol Pablo como hombre de relaciones, indicándonos la humildad y el amor, actitudes aprendidas por él del Maestro llevándole a ser “artesano de comunión”. Ahora intentaremos mirar más en profundidad nuestra vida paulina para ver, en los hechos, en qué punto estamos en el proceso de hacer “sinodal” nuestra Congregación.

Nuestro Fundador evidentemente nunca usó el término “sinodalidad”, en el sentido entendido por nosotros en estas reflexiones, pues se trata de una idea surgida en el contexto de la Iglesia después del concilio Vaticano II. Pero sabemos cómo insistió, en diversas ocasiones, sobre la necesidad de una vida común armoniosa y en sintonía con la Iglesia, para el bien de la vida y de la misma misión paulina. Una vida común que busca la unidad. En efecto, para él vida común «*significa unidad de pensamiento, unidad de obras, orientación única en el hablar, unidad de sentimientos, unidad de fin. Todos deben contribuir al fin principal y al fin secundario: la santificación personal y el apostolado*».⁴⁶

Sabemos que no es nada fácil vivir la dimensión de la unidad en el mundo actual, con la fuerte propaganda del individualismo, el narcisismo, la indiferencia hacia el prójimo, actitudes introducidas muchas veces en nuestras comunidades, obstaculizando el logro de la “vida común”. El desafío de retomar el significado de “caminar juntos” es continuo.

Así como la Iglesia, en su conjunto, está llamada a trabajar en sinergia sinodal con los ministerios y carismas presentes en su vida para discernir las sendas de la evangelización a la escucha de la voz del Espíritu,⁴⁷ así también nosotros, dentro de nuestra Congregación, estamos llamados a hacer lo mismo, es decir, a vivir la unidad, aun en la diversidad de dones, en vista de la misión de evangelizar en la cultura de la comunicación.

Presentamos a continuación algunos aspectos de nuestra vida paulina, tratando de valorarlos a la luz de cuanto hemos presentado antes, y siempre con el deseo de descubrir unos horizontes que nos lleven a ser una “Congregación sinodal”. Se trata de

⁴⁴ Rinaldo Fabris, *Todo por el Evangelio. La personalidad, el pensamiento, la metodología de Pablo de Tarso*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2008, p. 24.

⁴⁵ José Barbaglio, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Cittadella, Asís 1985, p. 54.

⁴⁶ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 540.

⁴⁷ Comisión Teológica Internacional. *La sinodalidad*, op. cit. n. 53.

constataciones llenas de esperanza, no obstante algunos apuntes críticos sobre nuestra realidad.

a) La responsabilidad de cada uno

Aunque la sinodalidad es un camino hecho conjuntamente, la eficacia de este proceso depende en gran parte de la buena voluntad de cada persona en tomar en serio este modo de ser Iglesia. Como he subrayado ya en mis precedentes Cartas anuales, que tenían por tema cada año una de las cuatro ruedas del carro paulino, también la sinodalidad, para ser vivida concretamente, depende en gran parte de cada persona.

En esas Cartas se puso de resalte que dependen sobre todo de la persona la cualidad de las relaciones (con Dios, con los otros, con uno mismo), la fidelidad a los consejos evangélicos, la vida espiritual y la formación integral, el cultivo del estudio en la perspectiva de la “estudiosidad”,⁴⁸ el compromiso en el apostolado con celo y creatividad, la práctica de la pobreza, etc.

Del mismo modo, respecto a la sinodalidad, podemos decir que depende del empeño de cada persona, de su apertura de espíritu, del esfuerzo en escuchar y dialogar, de superar posibles conflictos del pasado, de su capacidad en perdonar, de tener una visión de conjunto de la misión. En último análisis, depende de cada persona el querer “caminar juntos”.

Si no pasamos del yo individualista al “nosotros eclesial” o al “nosotros comunitario y congregacional” será difícil caminar juntos. Como decía nuestro Fundador: «Los egoísmos personales destruyen la vida en comunidad; los egoísmos sociales, políticos o familiares, destruyen incluso a los Institutos, o por lo menos los condenan a la esterilidad».⁴⁹

b) Vivir y trabajar en sinergia

La sinodalidad necesita que cada uno valore el vivir y el trabajar conjuntamente. Aunque hemos hecho la profesión religiosa conscientes de que «el valor fundamental de la comunidad lo constituyen las personas que la componen, y el fin de la misma es la ayuda fraterna para santificarse todos en la propia entrega al apostolado»⁵⁰, en práctica vemos sin embargo que no siempre es fácil mantenerse fieles a tal propósito.

Es hermoso ciertamente ver en algunos lugares que, no obstante las dificultades, los cohermanos tratan de superar los conflictos y, mirando al bien común, viven la vida consagrada y trabajan juntos a pesar de las diferencias. Por otra parte hay realidades en las que aún cuesta caminar juntos. En general esto pasa donde hay obstáculos en superar experiencias negativas del pasado, a menudo en el ámbito de las relaciones humanas.

Pero también se manifiestan dificultades donde persiste una visión demasiado “mercantilista” del apostolado paulino y donde reina una visión estrictamente piramidal y autoritaria en las decisiones. Tenemos necesidad, pues, de volver a las raíces profundas

⁴⁸ Cfr. *Carta anual del Superior general. “El estudio para la misión”, 2017.*

⁴⁹ Giacomo Alberione, *Ut perfectus sit homo Dei* I, 382.

⁵⁰ *Constituciones y Directorio de la Sociedad de San Pablo*, art. 17.

por las que estamos en la vida consagrada paulina. Es preciso ver hasta dónde nos dejamos guiar por la lógica del Evangelio y no, en cambio, por una lógica mercantilista.

El reto de caminar juntos es de todos y a todos los niveles: Gobierno general, provincial, regional y local. El tema de la sinodalidad nos lleva a examinar atentamente cómo trabajamos en nuestros Consejos y en las diversas instancias de planificación y de decisión. En el Gobierno general nos interrogamos, por ejemplo, sobre cómo trabajamos en los diversos Organismos internacionales (SIF, CTIA, Centro de Espiritualidad Paulina, Centro Bíblico San Pablo, SOBICAIN) y en los Organismos continentales (CIDEP, GEC, CAP-ESW). Dentro de las Circunscripciones, debemos preguntarnos hasta qué punto se logra trabajar en equipo en la animación vocacional, en la formación, en el apostolado, en la administración, en la economía, etc.

Nos da aún que pensar cómo se desenvuelve la colaboración entre los diversos sectores, por ejemplo el apostolado⁵¹ y la formación, considerando que en la vida paulina la formación (inicial y permanente) es en vista de la misión. ¿Qué cabe hacer para que estas dos dimensiones de nuestra vida puedan integrarse cada vez más con el fin de formar “apóstoles comunicadores y consagrados” que vivan y anuncien el Evangelio en el complejo universo de la comunicación actual?

Otro aspecto importante en el camino sinodal concierne a las relaciones intergeneracionales, es decir el esfuerzo de caminar todos juntos manteniendo vivo el diálogo entre las generaciones. Es indispensable buscar un camino armonioso, en el que se dé apertura a la escucha, un camino en el que los jóvenes valoren el pasado, la historia, cuanto ya se ha hecho y construido, etc., y los adultos y ancianos, siendo sobre todo testimonios creíbles del Evangelio y de la vida paulina, se abran a las novedades aportadas por los jóvenes, sus sueños, sus dudas.

Consideremos este pasaje luminoso del papa Francisco sobre la dimensión de la intergeneracionalidad: *«Si caminamos juntos, jóvenes y ancianos, podremos estar bien arraigados en el presente, y desde aquí frecuentar el pasado y el futuro: frecuentar el pasado, para aprender de la historia y para sanar las heridas que a veces nos condicionan; frecuentar el futuro, para alimentar el entusiasmo, hacer germinar sueños, suscitar profecías, hacer florecer esperanzas. De ese modo, unidos, podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y dar nueva fuerza a nuestras manos»*.⁵²

En fin, el trabajo en sinergia nos hace pensar también en nuestros colaboradores laicos. Es importante ver a quien trabaja con nosotros no como adversario o concurrente, sino como un recurso humano que nos flanquea para llevar a cabo la misión paulina. Ante nosotros tenemos a san Pablo como ejemplo de apóstol que supo trabajar con sus colaboradores. Debemos caminar todos juntos –Paulinos y laicos– buscando el bien

⁵¹ «Es evidente que el desarrollo y la fecundidad del apostolado no dependen sólo de la adopción de los medios que el progreso técnico y científico ponen día a día al servicio del Evangelio, sino sobre todo de la persona del apóstol que desarrolla la misión: “El apostolado es un fruto, y el fruto viene de la planta: si la planta es sana, el fruto será abundante; pero si la planta está enferma, el fruto o faltará o será escaso”» (cfr. Carta anual del Superior general. “Apóstoles comunicadores. Para una cultura del encuentro”, 2018).

⁵² Papa Francisco, *Christus vivit*, n. 199.

común, aunque a veces este camino puede ser fatigoso. Dice un proverbio africano, ya conocido y repetido algunas veces por el papa Francisco: «*Si quieres ir aprisa, vete solo; pero si quieres llegar lejos, vete acompañado*».

c) El servicio de la autoridad

Inudablemente en el camino sinodal no desaparece el rol de la autoridad, pero sí requiere una autocomprensión más evangélica, que vaya más allá de la visión piramidal, centralizadora y unidireccional. Es necesario el testimonio del ejercicio de una autoridad de tipo “horizontal”, que camina juntamente con los hermanos, ayudándoles a crecer en la fidelidad al Evangelio y al carisma.

La autoridad tiene un papel importante en el camino sinodal, pero debe entenderse en la óptica del servicio (*diakonía*), considerando que la Iglesia no es un lugar de relaciones de poder, ejercido por quien está arriba sobre quien está abajo. Así no se daría ninguna diferencia respecto a las organizaciones humanas y a los sistemas políticos. Se debe partir de la enseñanza del Maestro, que dijo a sus discípulos: «*Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo*» (Mt 20,25-27).

El tema de la sinodalidad nos lleva a revisar cómo se ejerce la autoridad en todos los ámbitos de la Congregación. Es necesario evaluar si, en efecto, la autoridad promueve el crecimiento de la vida fraterna mediante el servicio de la escucha y del diálogo, si trata de crear un clima favorable a la coparticipación y a la corresponsabilidad, si facilita la participación de todos en las cosas de todos.⁵³ Somos servidores, no amos. Y conocemos muy bien las tristes consecuencias seguidas allá donde alguien se ha erguido en dueño.

No podemos olvidar que «*a partir del concilio Vaticano II, con base en muchos documentos eclesiales, se ha favorecido el paso de una autoridad muchas veces patriarcal, personalista y piramidal, a otra más liberal y fraterna; por tanto de un modelo de obediencia con fuerte acento disciplinar y jurídico, a otra de dimensión comunitaria y apostólica (o sea supe-ditada a la misión), con mayor valoración de las personas, del diálogo y de la corresponsabilidad*».⁵⁴

Sabemos que no es fácil ejercer el servicio de la autoridad especialmente en nuestros días. Por eso, quienes están comprometidos en este servicio tienen también ellos necesidad de ayuda, comprensión y oración. Por otra parte, necesitamos una autoridad que escuche a todos y sea de veras animadora del camino sinodal, considerando que su servicio no se configura solo como ejecutora de decisiones colectivas sino que, una vez oído el pensamiento de los miembros y tras el necesario discernimiento, se espera de ella una palabra conclusiva, que empeñe a todos a poner en práctica las decisiones tomadas.⁵⁵

⁵³ Cfr. CIVCSVA, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 11 mayo 2008, n. 20.

⁵⁴ *Servicio de la autoridad en la Sociedad de San Pablo. Manual*, n. 011.3.

⁵⁵ Cfr. *Constituciones y Directorio de la Sociedad de San Pablo*, art. 43.

d) La organización apostólica

Nuestra misión es evangelizar, y la sinodalidad –como ya hemos dicho– está al servicio de este objetivo. Un camino sinodal en la perspectiva de nuestra misión específica debe tratar de promover el trabajo en sinergia y la unidad, establecidas a partir de un Proyecto apostólico único, hecho también sinodalmente.

Respecto al apostolado, el Fundador insistía: «*Haya unidad en el apostolado, para toda la Congregación. Centro único: todo ahí, firmemente, sin dejarse guiar por pequeños intereses o por puntos de vista particulares: todo esto debe desaparecer en el bien común, universal. Hay un bien universal que conseguir y debe ser antepuesto a cualquier bien privado: esto es una obligación, no un consejo; es una obligación religiosa*».⁵⁶

La comunicación es una realidad imprescindible en la organización apostólica. En efecto, considerando la comunicación como centro de nuestro carisma institucional, no podemos contentarnos con tener un proyecto pastoral en este ámbito: es necesario que la dimensión relacional forme parte integrante del mismo Proyecto.⁵⁷ En el 2° Seminario Internacional de los Editores Paulinos se profundizó en el tema que el editor del presente y del futuro es un hombre de relaciones:⁵⁸ desde dentro y hacia afuera. Esto nos lleva a asumir siempre más la identidad del Paulino como hombre de comunicación, capaz de cuidar las relaciones.

No basta difundir con nuestros medios de comunicación los hermosos mensajes del papa Francisco sobre la sinodalidad. Es preciso también ver cómo la practicamos en nuestras comunidades y en nuestra actividad apostólica, y qué hacemos cuando nuestras estructuras obstaculizan el camino. ¿Hasta dónde las diversas actividades apostólicas están integradas en el Proyecto apostólico circunscriptivo? ¿Qué nos falta para trabajar más en sinergia?

Desde este punto de vista parece que nuestro documento *Servicio de la Autoridad en la Sociedad de San Pablo. Manual* –que es aún un referente importante para nuestro apostolado– deberá ser actualizado en un próximo futuro, en modo de promover estructuras apostólicas más sencillas, eficaces y capaces de motivar una más amplia participación.

e) Con la Iglesia, una Congregación en salida

Somos Iglesia y con la Iglesia queremos ser una Congregación en salida, ciertamente.⁵⁹ Sin embargo, no debe tratarse de salir hacia el mundo sin dirección y sin sentido,⁶⁰ sino juntos, con un plan pastoral claro, con un Proyecto apostólico factible, en una organización participativa. En la organización apostólica motivados por el camino sinodal, el objetivo de los procesos participativos no es en vista de la estructura interna, o sea no

⁵⁶ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 1190.

⁵⁷ Cfr. Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, *Aetatis novae*, n. 17.

⁵⁸ Federico Badaloni, *Reconsiderar el rol del editor, hoy*, en *Actas del 2° Seminario Internacional de los Editores Paulinos*, Sociedad de San Pablo – Casa general, Roma 2018, p. 191.

⁵⁹ X Capítulo general de la Sociedad de San Pablo, *Declaración capitular*. “*Evangelizar hoy con alegría como apóstoles comunicadores y como consagrados*”, p. 61.

⁶⁰ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 46.

tienen la motivación en sí mismos, sino en el sueño misionero de llegar a todos con el mensaje del Evangelio. Así es para la misión paulina, que según nuestro Fundador y en el espíritu del apóstol Pablo debe extenderse a todo y a todos.⁶¹

Evidentemente, cuando el P. Alberione afirmaba que debemos llegar a todos, tenía presente la comunicación de masa. En la base latía el deseo de llegar con el Evangelio a un número siempre mayor de personas: adultos, jóvenes, niños, y entre ellos de modo particular los lejanos, los no cristianos, los no católicos, los que sufren.

Sin duda queremos llegar a todos, pero en el contexto de la sociedad actual, especialmente con la irrupción de las tecnologías digitales, la comunicación está cambiando y hay que reexaminar las estrategias para alcanzar “a todos”, pues resulta cada vez más difícil llegar a todos en el mismo momento. Es importante tener presente que *«hay una gradualidad comunicativa hecha de pequeños pasos, medidos sobre las personas, sobre las situaciones, sobre los ámbitos, sobre los problemas que deseamos afrontar con mayor urgencia»*.⁶²

Ante los cambios urge siempre más unir las fuerzas para descubrir cómo queremos llegar a nuestros interlocutores, con qué contenido, con qué medios, con qué estrategias. Es preciso caminar juntos para llevar a cabo el apostolado ya consolidado en el campo de la prensa, pero a la vez entrar más incisivamente en el ámbito digital, siendo auténticos “pastores digitales” mediante internet, las redes sociales, web-radio y web-tv, los móviles y las App que las nuevas tecnologías ponen a nuestra disposición. Se necesita también unir las fuerzas para llevar adelante muchas otras iniciativas paulinas, como los Centros de Estudios en Comunicación, las librerías vistas como centros de evangelización, los centros culturales, los cursos y otras actividades en el campo bíblico, como el Festival Bíblico, el *Bible Quizz*, etc. Todos estos son espacios privilegiados no solo para aportar contenidos sino sobre todo para crear relaciones.

Lo importante es no tener miedo en afrontar la nueva realidad comunicacional que se abre en el horizonte. A este respecto es muy actual cuanto dijo san Juan Pablo II, casi al final de su pontificado: *«¡No tengáis miedo a las nuevas tecnologías!, ya que están “entre las cosas maravillosas” –“Inter mirifica”– que Dios ha puesto a nuestra disposición para descubrir, usar, dar a conocer la verdad, incluso la verdad sobre nuestra dignidad y nuestro destino de hijos suyos, herederos del Reino eterno. ¡No tengáis miedo a la oposición del mundo! Jesús nos ha asegurado “Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). ¡No tengáis miedo a vuestra debilidad y a vuestra incapacidad! El divino Maestro ha dicho: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20)»*.⁶³

Estos pensamientos nos inducen a tomar en serio que *«todo cambio en la comunicación nos ayuda a reflexionar sobre la totalidad de nuestra vida paulina. Si cambia la comunicación, deben adecuarse también los elementos constitutivos de toda nuestra vida paulina»*.⁶⁴ Esta

⁶¹ Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 1328.

⁶² Darío Eduardo Viganò, *De qué modelos de comunicación tiene necesidad hoy la Iglesia en el mundo*, en *Actas del 2º Seminario Internacional de los Editores Paulinos*, op. cit., p. 104.

⁶³ Juan Pablo II, *Carta apostólica*. “El rápido desarrollo”, 24 enero 2005, n. 14.

⁶⁴ Silvio Sassi, *Introducción al Seminario*, en *La actualización del carisma paulino en el tercer milenio: espiritualidad y misión*, *Actas del Seminario Internacional*, Sociedad de San Pablo – Casa general, Roma 2008, p. 63.

convicción ciertamente nos insta a la “conversión pastoral y misionera”⁶⁵ de la que habla el papa Francisco, y a recorrer este camino sinodalmente. Es decir, a hacer conjuntamente un itinerario que nos lleve a vencer la tentación de una pastoral autoconservadora, del “siempre se hizo así”,⁶⁶ buscando las novedades en el campo de la comunicación para asumirlas con audacia y creatividad a fin de llegar a los hombres y mujeres de hoy en su realidad concreta.

7. Palabra y Eucaristía: nutrimento del camino

No quiero alargarme ulteriormente, pero no cabe acabar esta carta sin una referencia al nutrimento que nos sustenta en el camino sinodal, es decir la Palabra de Dios y la Eucaristía. Recordemos que *«Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico»*.⁶⁷

El relato de los discípulos de Emaús en el Evangelio de Lucas (cfr. Lc 24,13-35) es un icono vivo de la Iglesia como Pueblo de Dios, guiado en el camino por el Señor resucitado que le ilumina con su Palabra y le nutre con el Pan de la vida.⁶⁸ Igual que aquellos discípulos, también nosotros, como Congregación en camino, podemos sentir la presencia viva de Jesús en su Palabra y en la Eucaristía.

Es oportuno recordar las expresiones de nuestro Fundador afirmando que *«Eucaristía y Biblia se sintonizan muy bien [...] En la Escritura tenemos la presencia de la sabiduría de Dios, de modo que Eucaristía y Biblia se completan»*⁶⁹; *«Eucaristía y Biblia forman al apóstol de la prensa. Estas dos cosas estén inseparables e inseparadas en vuestros corazones»*.⁷⁰

Para que, de hecho, Eucaristía y Palabra sean nutrimento del camino, necesitamos ante todo dar un tiempo al Señor para escucharle aun en la agitación de cada día. Es preciso dedicar tiempo para celebrar juntos, como comunidad. Aun donde haya dificultades a causa de los compromisos apostólicos, es indispensable disponer algún tiempo a la semana en que la comunidad pueda reunirse para vivir la Eucaristía.

Lo mismo podemos decir de la visita eucarística. Sin duda el Señor se revela en múltiples situaciones de nuestra jornada y de muchas maneras, pero la “visita eucarística”, que el P. Alberione llama a menudo “la visita”, sigue siendo un momento privilegiado para el encuentro con el Maestro. A este propósito nos orienta así nuestro Fundador: *«Los modos de hacer la Visita al Santísimo son muchos, pero el primero es hacerla (porque a veces pueden faltarnos las ganas); el segundo modo es hacerla; el tercero, una vez más, hacerla...»*.⁷¹

Es verdad que estos momentos de oración no pueden quedar reducidos a simple “práctica”, o sea a mera formalidad. Es necesario transformar la celebración eucarística y

⁶⁵ Cfr. Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 25.

⁶⁶ Cfr. Santiago Alberione, *Vademecum*, n. 347.

⁶⁷ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 55.

⁶⁸ Cfr. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad*, op. cit., n. 16.

⁶⁹ Santiago Alberione, *Haec Meditare I*, p. 80.

⁷⁰ Idem.

⁷¹ Santiago Alberione, *Haec Meditare II*, p. 178.

la visita en momentos fuertes de la jornada, que nos ayuden a ser personas más humanas, más fieles a nuestra vocación, más relacionales, más fraternos y creíbles en el seguimiento de Jesús.

Es saludable que estos momentos se vivan en sintonía con todas las otras dimensiones de la vida paulina: con la animación vocacional, la formación, el apostolado, con la realidad de la cultura de la comunicación y con las situaciones concretas del pueblo a cuyo servicio estamos llamados. Cada cual contribuya dando su parte para que la doble mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía que edifica la comunidad sea la fuente donde recabar fuerzas para reavivar el don recibido, para acrecer la fuerza apostólica y para superar cuanto intente crear división.⁷²

8. Conclusión

Queridos hermanos, la sinodalidad es un modo de vivir la Iglesia y también la Congregación; es el camino eclesial en el que todos estamos llamados a colaborar, considerando que somos compañeros de viaje, precisamente “sinodales”. En efecto, sinodalidad es la expresión de la fraternidad de los bautizados y de los consagrados en la vida religiosa, es una forma visible de la comunión. Sinodalidad es asimismo la asamblea santa que ora y celebra. Es un camino en el que todos juntos buscamos escuchar a Jesús, muerto y resucitado, que sigue hablando hoy por medio de su Espíritu e indicando donde ir, aunque a veces con modalidades y en direcciones a menudo imprevisibles.⁷³

La sinodalidad es un itinerario en el que siempre tenemos algo que aprender. Alguno puede haber hecho en el pasado, de alguna manera, experiencias frustrantes de sinodalidad. Pero una posible experiencia fallida no justifica el no deber reemprender nuevamente el camino. Vivir atrampados en los aspectos negativos del pasado nos bloquea, nos lleva a la resignación y a una vida sin perspectiva ni esperanza.

En este sentido, es importante ver la sinodalidad como un proceso que acaece en el tiempo, considerando que el tiempo es superior al espacio. *«Dar prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos».* Al contrario, dar prioridad al tiempo *«ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad».*⁷⁴

Obviamente, en el campo de la comunicación la velocidad es determinante en algunos aspectos. Será preciso tener la sensatez necesaria para discernir lo que es de veras urgente y lo que en cambio requiere un tiempo más largo para permitir la coimplicación de un mayor número de personas en la reflexión. Se requiere paciencia. Como Dios tiene paciencia infinita con nosotros, así también nosotros necesitamos tenerla con nuestros cohermanos, con los imprevistos, con los fracasos, con nuestros límites, con el propio proceso.

⁷² Cfr. X Capítulo general de la Sociedad de San Pablo, *Prioridad 2.2.*

⁷³ Cfr. Papa Francisco, *Homilía en la Misa de apertura de la XV Asamblea General de los Obispos*, 3 octubre 2018.

⁷⁴ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 223.

El papa Francisco nos recuerda que todos somos hijos de esta época y tenemos necesidad de superar algunas tentaciones típicas de este período histórico, que estorban el caminar juntos. Entre ellas el Papa presenta la excesiva búsqueda de espacios personales de autonomía y distinción, el individualismo, el complejo de inferioridad, la apatía pastoral, la tristeza dulzona, el pesimismo estéril, la huida del encuentro con el otro, la mundanidad pastoral, la ostentación autoreferencial, la obsesión por la apariencia, las envidias, los celos, la sed de poder en la comunidad, las divisiones, las calumnias, la difamación y la caza de brujas.⁷⁵ El camino sinodal exige ir más allá de estos obstáculos con humildad y amor, pero también con paciencia, perdón, sacrificio, compasión y tantos otros valores incluidos en el Evangelio.

Tenemos necesidad de convertirnos. En efecto necesitamos, día tras día, «*transformarnos por la renovación de la mente*» (Rom 12,2), que es justamente el texto bíblico que deberá iluminar el XI Capítulo general. Es preciso dejarnos iluminar por el Evangelio para ser verdaderos hombres de relación, artesanos de comunión, que conceden tiempo a la escucha, al silencio, al discernimiento para escoger –juntos– las sendas de la evangelización. Hay un dato importante en el camino sinodal: todos entran en él, también nuestros cohermanos ancianos y enfermos, que con el apostolado del sufrimiento participan intensamente en este recorrido con la oración y el sacrificio.

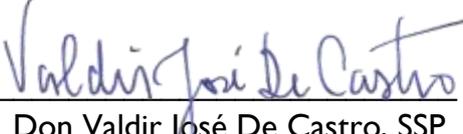
Esta carta, aunque con sus límites, intenta despertar el compromiso por la sinodalidad. El futuro Sínodo de los Obispos sobre este tema, convocado por el papa Francisco, nos aportará ciertamente muchos elementos de novedad para proseguir nuestra reflexión y animarnos en esta práctica. Mientras tanto, hagamos este ejercicio de caminar juntos. No podemos olvidar en este itinerario las Iglesias locales y la Familia Paulina: las Congregaciones femeninas, los Institutos Paulinos de Vida Secular Consagrada, los Cooperadores Paulinos. Si afirmamos que la Familia Paulina nació de la Eucaristía, ¿por qué en algunos sitios hay aún dificultad de caminar juntos, de hacer proyectos en común?

El Espíritu Santo es el primero en custodiar y mantener siempre viva y actual la memoria del Maestro –¡nuestro Camino! – en el corazón de los discípulos. Es él quien hace que la riqueza y la belleza del Evangelio sean fuente de gozo y de novedad constante.⁷⁶ María, Reina de los Apóstoles nos enseñe a ser siempre dóciles a la acción del Espíritu y, como Madre, esté siempre a nuestro lado para ayudarnos a caminar juntos y a ser testimonios creíbles del Evangelio y signos proféticos en este cambio de época.

Fraternamente.

Roma, 7 de junio de 2020
Solemnidad de la Santísima Trinidad




Don Valdir José De Castro, SSP
Superiore generale

⁷⁵ Cfr. Ibidem, nn. 76-100.

⁷⁶ Papa Francesco, *Omelia nella Messa di apertura della XV Assemblea Generale dei Vescovi*, 3 ottobre 2018.